

El castellano en los Estados Unidos*

Hace unos meses la Universidad de Miami y la Compañía American Express me invitaron a pronunciar unas palabras en este acto. Acepté sin vacilar y, añadido, con gratitud y con alegría. Apenas si necesito explicar las razones: la institución del concurso literario *Letras de Oro* merece el reconocimiento no sólo de la gente de nuestra lengua sino de todos aquellos que aman a nuestra literatura. Premiar obras escritas en español por residentes en los Estados Unidos es un acto de liberalidad inteligente: por una parte, estimula la creación literaria y, por otra, fomenta la cultura de nuestras comunidades. Además, es un acto de sabiduría política, en los dos sentidos de la palabra: el de asunto público, relativo a la sociedad en su conjunto, y el de cortesía y urbanidad en las relaciones humanas. Los premios *Letras de Oro* son el reconocimiento de una realidad cada día más poderosa y compleja: la existencia de veinte millones de personas de habla española que viven en los Estados Unidos. Esta considerable realidad geográfica es, asimismo, una realidad histórica y espiritual: esos veinte millones viven, trabajan, aman, piensan, rezan, cantan, sufren, bailan, sueñan y mueren en español. Hablar una lengua es participar en una cultura: vivir dentro, con o contra, pero siempre *en* ella.

Los idiomas de América son un tema no sólo lingüístico sino histórico. La geografía de las lenguas que se hablan en nuestro continente se funde con nuestra prehistoria y nuestra historia, con nuestro presente y nuestro porvenir. Una suerte de simetría rige su distribución en las dos mitades de América: en la del Sur predominan el español y el portugués; en la del Norte, el inglés y el español. No olvido las lenguas indígenas, sobrevivientes del cataclismo que fue la expansión europea en el Nuevo Mundo; tampoco las zonas en que se habla francés u otros idiomas; sin embargo, las lenguas mayoritarias son las que acabo de mencionar: el inglés, el español y el portugués. Los tres proceden de Europa, de modo que la mayoría de los americanos tenemos una relación peculiar con el idioma que hablamos: es nuestro pero también es de otros pueblos. El inglés de Whitman es el de Blake, el español de Darío es el de Quevedo. Nuestra tradición es de esta tierra y de ultramar, de aquí y de allá: es un puente que une distintos espacios y tiempos.

La gran división lingüística entre el Sur y el Norte se desdobra en otra que es histórica y cultural. En el Sur los dos idiomas principales descienden del latín y, dentro de la familia de las lenguas romances, están unidas por una relación que me atrevo a llamar fraternal: las dos nacieron en la península ibérica y desde hace cerca de un milenio han compartido las mismas vicisitudes históricas. En cambio, en el Norte la dualidad se re-

* *Disertación de Octavio Paz en la entrega de premios del concurso «Letras de Oro» el 22 de enero de 1987.*

suelve en oposición: el inglés y el español no sólo proceden de diferentes familias lingüísticas sino que han sido, en el curso de la historia moderna, la expresión de dos versiones divergentes de la civilización europea. Varias veces me he ocupado de este tema y no volveré ahora sobre él; baste con recordar que el español se identifica con una visión del tiempo y del mundo radicalmente distinta a la de la moderna cultura angloamericana. Las raíces morales e intelectuales de esta última están en la Reforma Protestante del siglo XVI; en ese mismo período, pero en dirección opuesta, España y Portugal fundan en América dos imperios católicos. Unos y otros, angloamericanos e hispanoamericanos, somos hijos del siglo XVI y de las dos visiones del mundo que dividieron en esa época a la conciencia y a la historia europeas.

Las divisiones y oposiciones que he mencionado se transforman en otra dualidad aún más notable, pues se despliega en el interior de una nación: el inglés y el español conviven en los Estados Unidos. Ciertamente, la minoría más numerosa no es la hispánica sino la negra, pero esta última habla el inglés como lengua materna. Así, desde el punto de vista lingüístico, la minoría más importante es la de habla española. Al gran número debe añadirse la extraordinaria cohesión cultural, familiar y religiosa. Esta cohesión explica la persistencia y la vitalidad de la lengua española en los Estados Unidos. Es la lengua que se habla en el seno de la familia, es decir, es la lengua de una sociedad dentro de la sociedad. La lengua de la familia es el vehículo de la relación más profunda y de una comunidad: la relación con ella misma. A esta característica que es a un tiempo histórica y religiosa, se enlaza otra en apariencia contraria: la diversidad étnica. Los millones de individuos que pertenecen a la comunidad hispánica son indios, blancos, negros, mulatos y mestizos. La variedad racial se multiplica en la diversidad de orígenes: mexicanos, cubanos, puertorriqueños, salvadoreños, argentinos, españoles, chilenos, peruanos, nicaragüenses, hondureños, etc. Pluralidad y diversidad pero asimismo cohesión: todos hablan en español. Los regionalismos y los modismos, por más numerosos que sean, no quebrantan la unidad de nuestra lengua. Más bien, la enriquecen.

El resultado de todas estas circunstancias, sobre las que, por desgracia, no puedo extenderme, ha sido un hecho único y absolutamente nuevo en la historia de los Estados Unidos: el bilingüismo predominante en algunos Estados y varias ciudades de la Unión Norteamericana. No necesito subrayar el significado de este hecho: las lenguas son visiones del mundo, modos de vivir y convivir con nosotros mismos y con los otros. No es muy aventurado decir que la historia de los Estados Unidos, en el siglo XXI, estará marcada por la coexistencia de las dos visiones del hombre y del mundo que son la lengua inglesa y la española.

La realidad lingüística tiene una dimensión geográfica y otra histórica; asimismo, tiene una dimensión literaria. El tema de las relaciones de la literatura de nuestra lengua con los Estados Unidos apenas si ha sido explorado. Un capítulo es el de las reacciones que han experimentado nuestros escritores ante la inmensa y variada realidad norteamericana. En un extremo, la admiración que sintieron Sarmiento y Borges: el primero encontró un modelo en la democracia de los Estados Unidos, al segundo lo fascinaron sus poetas y sus novelistas. En el otro extremo, Vasconcelos y Neruda: el mexicano sintió la aversión de un discípulo de Plotino y un hijo de Roma ante el pragmatismo y

el utilitarismo angloamericano, mientras que en el chileno la pasión política alcanzó una suerte de incandescencia que colindaba con la ferocidad religiosa. Una laguna: los escritores españoles han reflexionado poco acerca de los Estados Unidos y su cultura. En la vasta literatura de este tema echo de menos algún ensayo de Unamuno o alguna meditación de Ortega y Gasset. En cambio, en el dominio de la poesía los españoles han dejado un testimonio notable: *Poeta en Nueva York*. Escritos a la sombra de Whitman, una sombra desgarrada por los relámpagos del surrealismo, estos poemas son poderosas detonaciones, explosivas imágenes de una ciudad más soñada que vista. Nos dicen más del poeta García Lorca que de Nueva York.

La primera obra hispanoamericana escrita en los Estados Unidos, es una novela de autor anónimo, *Jicotencatl*. Fue publicada en Filadelfia, en 1826. No posee gran mérito literario pero, como subraya Luis Leal, que la ha estudiado con penetración, es el origen de un género muy frecuentado por nuestros escritores: la novela histórica de tema indígena, o, como en este caso, indoespañol. En *Jicotencatl* no aparece la realidad norteamericana: medio siglo después, es una presencia constante en los ensayos y artículos de José Martí. La vida, la historia, la cultura y la política de los Estados Unidos preocuparon al gran cubano y sobre ellas escribió reflexiones muy hondas, algunas proféticas. Debemos a Martí la primera aparición en nuestra lengua —y en muchas otras, como el francés y el italiano— de un nombre que sería central en la historia de la poesía del siglo XX: Walt Whitman. Después de Martí, el poeta de Manhattan ha tenido una larga descendencia hispanoamericana. Su caso es análogo al de Poe: la influencia de ambos ha sido, simultáneamente, fecunda y deplorable. Los dos poetas comparten el temible poder de provocar reacciones opuestas: Whitman, el entusiasmo y el parloteo; Poe, el sentido del misterio y el tintirintín. Darío, Santos Chocano, García Lorca, Borges y Neruda han sido, alternativamente, los herederos, las víctimas y los rivales de Whitman, como Silva, Nervo, Jiménez, Tablada y tantos otros —a veces a través de los poetas franceses— lo fueron de Poe.

La seducción frente a las obras de los poetas y novelistas norteamericanos es la mitad de la historia; la otra mitad es la atracción por ciertas figuras de la mitología bárbara de los Estados Unidos, malhechores y aventureros fuera de la ley. Un ejemplo es la colección de anécdotas —sorprendentes, atroces o sórdidas— recogidas por Borges en su *Historia universal de la infamia*. No es una historia ni es universal pero en ese libro la infamia alcanza una doble y perversa dignidad: una, la literaria: la invención poética; otra, la metafísica: el mal ubicuo. Borges publicó muchos de estos relatos, antes de recogerlos en un libro, en la revista *Sur*; si no me equivoco, entre ellos figuraba uno, después desechado, acerca del famoso Joaquín Murrieta. Un verdadero mito: héroe, bandido, ángel vengador, la imagen de Joaquín Murrieta es la encarnación de la justicia popular, ambigua constelación de crueldades, buenos sentimientos, lealtades, crímenes atroces y fatalismo. El bandido vengador apareció en California hacia 1850, esparció el terror durante unos pocos años y murió de muerte violenta en 1853.¹ Desde

¹ Si realmente era de Joaquín Murrieta la cabeza presentada por el capitán Harry Love y su banda de «rangers», para cobrar los cinco mil dólares de recompensa ofrecidos por la legislatura de California por la entrega, vivo o muerto, del bandido. La cabeza fue exhibida en varios «museos» de California.

entonces su fantasma no ha cesado de visitar la imaginación de novelistas, historiadores, poetas y dramaturgos.

El ciclo de Joaquín Murrieta comienza un año después de su muerte con una biografía novelada: *Life and Adventures of Joaquín Murieta, the Celebrated California Bandit* (San Francisco, 1854). El autor, aventurero y periodista, se llamaba Pájaro Amarillo, por otro nombre John Rolling Ridge. Era hijo de un cacique cheroquí y de una blanca. Al libro de Ridge siguieron otros. Al principio, Joaquín fue un mexicano de Sonora y como tal figura en el primer relato en español de sus aventuras: *Vida y muerte del más célebre bandido sonoreño, Joaquín Murrieta* (México, 1908). El autor fue mi abuelo, Ireneo Paz. Al pasar del inglés al español, Joaquín ganó una *ere* en su apellido: Murrieta. El personaje estaba destinado a tener, como tantos héroes, un origen incierto. En 1926, en San Antonio, Texas, Ignacio Herrera publicó una nueva versión: *Joaquín Murrieta, el bandido chileno de California*. Transfiguración final: en 1967, en Santiago de Chile, Pablo Neruda publica su poema dramático: *Fulgor y Muerte de Joaquín Murrieta, bandido chileno*. El sonoreño volvió a perder una *ere*, pero ganó otra patria y, con ella, la celebridad poética.

En la primera mitad de este siglo, entre 1900 y 1950, aparecieron muchos libros escritos en los Estados Unidos por autores de nuestra lengua. La lista es impresionante, por el número y por la calidad. Me limitaré, no hay tiempo para más, a recordar únicamente a dos. El primero son las *Memorias* de José Vasconcelos, escritas en el destierro. *Memorias* de un hombre extraordinario, este libro es también extraordinario. Lo es por más de un motivo: por su prosa encendida, por el dramatismo del relato, por la variedad de los caracteres, por la vivacidad de los paisajes, por la poesía de algunas evocaciones, por la pintura, en fin, de la pasión amorosa y de su hermana enemiga: la egolatría. Es un libro animado por el entusiasmo, sentido sagrado, y por la cólera. Un libro que todavía no tiene fuera de México, los lectores que merece. El fondo del relato de Vasconcelos es la oposición entre los dos grandes protagonistas históricos de este continente: la visión angloamericana y la hispanoamericana. La segunda obra es un largo poema; no es un diálogo entre civilizaciones ni entre personas: es un monólogo. El poeta interroga a su pasado; al interrogarse a sí mismo, interroga al lenguaje, protagonista central de cada obra poética. El poema se llama *Espacio* y fue escrito por Juan Ramón Jiménez al final de su vida, aquí en Florida, precisamente en este distrito: Coral Gables. Sería vano intentar resumir, en tres líneas, qué es lo que *dice Espacio*. Además, en sus palabras está *todo* lo que dice un poema. La palabra es tiempo, como el hombre mismo; a veces, el tiempo se detiene y entonces nos parece que tiene la plenitud del espacio que no cambia. Plenitud momentánea: el espacio también es movimiento, también es cambio. Por la poesía entreabrimos las puertas del espacio y del tiempo, fusión mágica del movimiento y la quietud. Oigamos a Juan Ramón: «El Sur, el sur, aquellas noches, aquellas nubes de aquellas noches de conjunción cercana de planetas... las garzas blancas habladoras en noches de excursiones altas. En noches de excursiones altas he oído por aquí hablar a las estrellas... Hablaban, yo lo oí, como nosotros. Esto era en las marismas de la Florida llana, la tierra del espacio con la hora del tiempo».

He hablado de la literatura de lengua española *en* y *ante* los Estados Unidos. No he hablado de la literatura hispana *de* los Estados Unidos. Es una literatura que perte-